

Mas ¿qué alboroto?... ¿Es Pascual?
 ¡Pues está la casa buena!
 D. MIGUEL. Anda la marimorena
 allá abajo en el portal.
 D.ª RUFINA. (*Acercándose á la puerta de la dere-
 cha.*)
 ¿Qué es esto?... ¿Tal zalagarda
 se ha de sufrir?... ¡Hola!... ¡Chito!

ESCENA XXV

LOS MISMOS. ANA sale por la puerta de la derecha

ANA. (*Asustada.*)
 Señora, el viejo maldito...
 D.ª RUFINA. ¡Bien mi mandato se guarda!
 ¿Quién tanto ruido mete?
 ¿No tengo á todos mandado...
 ANA. El ebanista ha llegado,
 señora; y aquel vejete...
 D.ª RUFINA. ¿Cuál?
 ANA. Aquel que esta mañana
 se cayó, con grandes furias
 y diciendo mil injurias
 quiere hablar á usted.
 D.ª RUFINA. ¿Quién, Ana?
 ANA. El viejo del peluquin
 y el ebanista con él.
 D.ª RUFINA. Anda tú, por Dios, Miguel;
 mira qué es esto.
 (*Vase don Miguel por la puerta de la
 derecha.*)

ESCENA XXVI

D. ALBERTO. D.ª RUFINA. ANA

D. ALBERTO. ¿Y por fin,
 se sabe cuál es su intento?
 ANA. Yo no lo sé. Voces dan,
 y amenazan que vendrán
 con la justicia al momento
 si no se les oye.
 D.ª RUFINA. (*Con impaciencia.*)
 ¿Y qué
 podrá ocurrirles?
 D. ALBERTO. Rufina,
 ¿quién demonios lo adivina?
 Lo que puede ser no sé.
 D.ª RUFINA. Pero ellos... ¿Qué dicen, Ana?
 ANA. El vejete Satanás
 me pregunta por don Blas,
 y dice que esta mañana
 aquí engañado quedó;
 y el tosco del ebanista
 que es usted... una petardista,
 y que ha de hacer... ¿Qué sé yo?

D.ª RUFINA. ¡Canalla sin miramiento!
 ¿conmigo se han de atrever?...
 Los haré al punto prender,
 y aun ahorcarlos al momento.
 Sí; que con mis seis millones
 todo lo puedo. Hoy haré
 que tiemble Sevilla, y que
 aprendan esos bribones
 á respetarnos.

D. ALBERTO. Escucha
 lo que dicen.
 D. SIMEON. (*Dentro.*) Sí señor;
 muy justo es nuestro furor.
 EBANISTA. (*Dentro.*)
 Nuestra necedad fué mucha.
 D. MIGUEL. (*Dentro.*)
 Señores...
 D. SIMEON. (*Dentro.*) Robar es esto,
 y con engaños muy viles.
 EBANISTA. (*Dentro.*)
 Venir con los alguaciles
 será mejor y más presto.
 D.ª RUFINA. (*Desesperada.*)
 ¡Picaros!... ¿Qué dicen, pues?
 D. MIGUEL. (*Dentro.*)
 Señores, vamos con modo
 y lo arreglaremos todo.
 D. ALBERTO. No adivino lo que es.

ESCENA XXVII

LOS MISMOS. D.ª RUFINA. DON SIMEON y UN EBANISTA que salen
 por la derecha

D.ª RUF. (*Con gran altanería.*)
 ¡Qué grande atrevimiento!
 D. MIG. Cálmate, prima; escúchame un momento.
 D.ª RUF. ¿Y cómo esta canalla?...
 EBAN. ¿Aun se atreve á insultarnos?
 D. MIG. Prima, calla.
 Se trata de materia
 que puede ser harto pesada y sería.
 D. ALB. Pero ¿qué ha sucedido?
 D. MIG. Que estos señores dicen que han oído,
 que se llevó el demonio la fortuna
 de nuestro Blas.
 D.ª RUF. ¿Qué dices?
 D. MIG. Que han robado
 á Blas cuanto dinero había juntado,
 sin que salvar pudiera cosa alguna.
 D.ª RUF. Mas... ¿cómo?...
 D. ALB. ¿Quién ha dado
 noticia tal?...
 D. SIM. No se habla otra cosa,
 señores, en Sevilla;
 y es que usías lo ignoren maravilla.

ANA. (*Aparte.*)
 Siempre por pajarraco
 de mal agüero tuve á este bellaco.
 D.ª RUF. (*Indecisa.*)
 Yo estoy helada, Alberto.
 D. SIM. Semejante noticia no es sabrosa.
 D. ALB. (*A doña Rufina.*)
 De escucharla he quedado como muerto.
 ANA. ¡Qué chasco!
 D. MIG. (*A don Simeon.*) Pero ¿cómo se ha sabido?
 D. ALB. Que es equivocacion, sin duda, creo.
 D. SIM. La noticia ha venido,
 señor, esta mañana en el correo,
 y ya el aviso tienen
 algunos comerciantes...
 EBAN. Y los ociosos, que á mi tienda vienen
 á requebrar las mozas paseantes,
 á murmurar, fumar y hablar de toros,
 de otra cosa hoy no hablaron
 sino de que al indiano le robaron
 cerca de Cádiz los piratas moros.
 ¿Y sabe usted tambien quién me lo dijo?
 Perez el corredor, Perez el hijo
 del que en frente de gradas tiene lonja;
 el que ha metido á su sobrina monja
 hace dos ó tres días.
 Y, á la verdad, si usías
 (como dicen y creo)
 estaban ya informados,
 tomar muebles fiados
 es una accion...

D. SIM. Y quien con buen deseo
 sin prenda ni interés, seis mil reales,
 ganados con fatigas y sudores,
 de buena fe ha prestado á estos señores
 en momentos tan críticos y tales,
 ¿qué deberá decir?
 EBAN. Mis muebles luégo
 quiero llevarme. No es cosa de juego
 perder sin más ni más...
 D. SIM. (*Saca el recibo.*) Este recibo,
 que es en verdad legal y ejecutivo,
 por si ó por no...
 D. MIG. Esperad; que no es creible
 la tal noticia.
 D. ALB. (*Con entereza.*) ¿Cómo, si el indiano
 ha media hora llegó tranquilo y sano
 y en su alcoba durmiendo?...
 D.ª RUF. (*Recobrando su altanería.*) Es imposible.
 Esto es sólo una hablilla
 de muchos envidiosos
 en que abunda Sevilla,
 que de que así ocurriese deseosos
 por dañarme lo inventan. ¡Picarones!
 Pues yo les aseguro á los bribones
 que les ha de pesar. Mi buen hermano

ya, á Dios gracias, llegó, y aquí al instante
 mentira semejante
 vendrá á contradecir.
 D. ALB. (*Con seguridad.*) Al punto; es llano.
 D.ª RUF. Ya, señores, infiero
 de quién es la invencion. Del majadero
 don Juan, que resentido
 porque darle mi hija no he querido,
 con tal embrollo ahora...
 EBAN. Pues sea como fuere, yo, señora,
 mis muebles sólo quiero,
 ó sino al Asistente...
 D. SIM. Y yo, si no es demanda impertinente,
 y aun existe, señora, aquel dinero...
 D.ª RUF. (*Encolerizada.*)
 ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Qué gente!
 ¿Lo ves, Miguel?... Alberto, ¿tú lo notas?
 D. MIG. ¿Por qué así te alborotas?
 D.ª RUF. ¿Y quién tendrá paciencia suficiente?

ESCENA XXVIII

LOS MISMOS. D.ª PAQUITA por la izquierda

D.ª PAQ. (*Sobresaltada.*)
 ¡Mamá! ¿Qué ocurre? ¡Ay Dios, y qué eno-
 jada!
 D.ª RUF. ¿Qué ha de ser! ¿Qué ha de ser, Paquita?
 Gracias de aquel tunante. (Nada.)
 D.ª PAQ. ¿De quién?
 D.ª RUF. De don Juanito, de tu amante
 y de otros envidiosos
 que de nuestra fortuna están rabiosos.
 D. PAQ. ¿Pero el pobre don Juan?...
 D.ª RUF. (*Con enfado.*) Calla tú, niña.
 ANA. (*Aparte.*)
 Don Juan ha de salir á cada riña.
 EBAN. Señores, concluyamos.
 D. SIM. Ruego que pronto, pues de priesa esta-
 D. ALB. ¿Con que ustedes, señores?... (mos...
 D.ª RUF. Dan crédito á los tontos habladores;
 mas para convencerlos
 y lograr contenerlos
 esto será mejor.
 (*Se acerca á la puerta del fondo y dice en
 voz alta.*)
 Sal pronto, hermano,
 despierta, y confundidos
 á estos dos atrevidos
 deja y á todo el pueblo sevillano.

ESCENA XXIX

LOS MISMOS. D. BLAS. Sale por la puerta del fondo restregándose los
 ojos, y bostezando como quien despierta de un profundo sueño

D. BLAS. ¿Con que ni dormir se puede
 en esta maldita tierra?...

¡Jesus y qué gritería!
 ¿Qué voces, decid, son estas?
 Me pareció que en el mar
 corriendo estaba tormenta.
 ¿Qué ha ocurrido?... ¿Qué acontece?
 ¿Estos hombres qué desean?

D. SIMEON. *(A Ana.)*
 ¿Es este el señor indiano?

EBANISTA. *(A Ana.)*
 ¿Es don Blas?

ANA. ¿Pues no lo aciertan?

D. SIMEON. *(Acercándose á don Blas.)*
 Yo, señor, soy...

EBANISTA. *(Adelantándose.)* Yo ebanista...

D. ALBERTO. *(Dudoso.)*
 Son...

D.ª RUFINA. *(Con resolucion.)*
 No es tiempo de reserva.
 Estos dos son acreedores
 de quien estando en urgencia
 nos fué preciso valernos...

EBANISTA. Yo un sofá, cómoda y mesa,
 por los respetos de usted,
 vendí...

D.ª RUFINA. *(Interrumpiéndole.)*
 Fué de esta manera.
 Necesitando unos muebles
 para poner con decencia
 tu cuarto...

D. SIMEON. Y yo, señor mio,
 á la señora marquesa
 y á este señor vuestro hermano
 y al capitán, viendo que era
 justo que con aparato
 tal persona recibieran,
 por servirlos les presté
 seis mil reales en moneda
 sin tener más garantía
 que una carta...

D. BLAS. Estos chochean.
 ¿Qué tengo con eso yo?

D. SIMEON. Ya descampa, y llueven piedras.
 ¿Qué teneis con eso vos?...

EBANISTA. Mis muebles...

D.ª RUFINA. En dos paletas
 yo te aclararé el enigma.
 Estos hombres con quien deuda
 es verdad que contrajimos,
 y todo es una friolera,
 se vienen con la embajada
 de que tu fortuna inmensa
 se la ha llevado el demonio;
 y tal disparate piensan
 que es verdad, porque unos necios
 con intencion nada buena,
 andan por toda Sevilla

divulgando...
 D. SIMEON. Por muy cierta
 la noticia nos han dado.

D.ª RUFINA. *(Con gran seguridad.)*
 Ya ves qué cosa tan necia.

D. BLAS. *(Con mucha calma.)*
 Rufina, no es necedad.
 La noticia es verdadera.
 Es un evangelio, sí.
 Estando de Cádiz cerca,
 dos jabeques berberiscos,
 en una noche de niebla,
 abordaron mi fragata;
 fué imposible hacer defensa,
 y todo me lo robaron;
 todo, todo.

D.ª RUFINA. *(Suspensa.)* ¿Hablas de veras?

D. ALBERTO. *(Dudoso.)*
 Pero... Blas...

D. BLAS. Una desgracia
 imprevista...

D. MIGUEL. ¿Y resistencia
 hacer no te fué posible?...

D. BLAS. ¿No veis que fué una sorpresa?
 Veinte cajas se llevaron
 todas de dinero llenas;
 gran cantidad de oro y plata
 en barras, una completa
 vajilla, varios productos
 preciosos de aquellas tierras,
 y... hasta mi equipaje.

D.ª RUFINA. *(Dando muestras de desmayarse.)*
 ¡Ay Dios!

D.ª PAQUITA. *(Sosteniendo á su madre.)*
 ¡Ay, mamá!

D.ª RUFINA. ¡Jesus!

D. ALBERTO. *(A Ana.)* Acerca
 una silla... pronto.

D. BLAS. *(Con ternura.)* ¡Hermana!

D.ª RUFINA. *(Sentándose en una silla que le trae Ana.)*
 ¡Válgame Dios!... ¿Quién dijera
 aun no hace un cuarto de hora
 tal desgracia?

EBANISTA. Si era cierta
 la noticia ahora se ve.

D. SIMEON. *(Acercándose á doña Rufina.)*
 Gracias infinitas sean
 dadas al Señor de todo.
 El da y él quita la hacienda;
 y pues la salud, señora,
 benigno á usía la deja,
 dénsese gracias. Tal vez
 su condenacion eterna,
 su absoluta perdicion
 iban á ser las riquezas;

y más vale en todo caso...
 D.ª RUFINA. *(Con enfado.)*
 Esas son cosas muy buenas,
 mas no para este momento.

D. BLAS. Pero, Rufina, contempla...

D.ª RUFINA. ¡Pues buenos hemos quedado!

EBANISTA. *(Aparte enternecido.)*
 Lástima me da de verla.
 Claro es que de buena fe
 me hizo la compra. ¡Paciencia!

D. SIMEON. Yo, mis señores, no puedo
 (Dios sabe lo que me pesa)
 ménos de que este recibo
 se me asegure, ó con prenda
 suficiente, ó aprontando
 la corta suma que reza,
 pues que ya no hay esperanzas
 y es notorio...

D. MIGUEL. *(Con enfado.)* Tanta priesa
 no es justa, don Simeon.
 Aun no ha pasado hora y media,
 ¿y ya exige usted?...

D. SIMEON. Amigo,
 yo he de mirar por mi hacienda.
 Si seguridad bastante
 no me dan, me será fuerza
 acudir á la justicia
 y á mi pesar...

EBANISTA. Por mi cuenta
 no se aflijan sus mercedes.
 Es sólo una friolera.
 Yo esperaré...

D. SIMEON. Pues yo no.

D. BLAS. *(Con resolucion á don Simeon y al ebanista.)*
 Con que... ustedes ¿qué desean?
 Yo el pago de este recibo.
 Yo, nada.

ANA. ¿Qué diferencia!

D. BLAS. *(Al ebanista.)*
 Pues usted, señor maestro,
 por sus muebles nada tema,
 que son míos. ¿Cuánto importa?
 Treinta y dos duros.

EBANISTA. Pues queda
 pagárselos á mi cargo.
 ¿Si usted quiere como prenda
 este reloj que salvé, *(Saca el reloj.)*
 yo no sé de qué manera?...

EBANISTA. ¡Qué!... No señor... Por mi parte
 á nadie se hará molestia.

D. SIMEON. *(Mostrando el recibo.)*
 Yo presento este recibo
 y exijo que al punto sea
 pagado. Sino, en el día
 acudiré á quien convenga.

D.ª RUFINA. ¡Picaron!

D. ALBERTO. ¡Vil usurero!

D. BLAS. *(Con gran frialdad á don Simeon.)*
 Pues haga usted lo que quiera,
 porque yo, amigo, no puedo
 encargarme de tal deuda,
 ni yo le he pedido nada,
 ni usted nada á mí me presta.

D. SIMEON. Mas, señor, por su respeto
 tal cantidad, sin cautela...

D. BLAS. ¿Y mandé yo á usted acaso
 que por mi respeto diera?

D. SIMEON. ¿Con que no se me asegura?

D. BLAS. Lo que es yo... *requiem æternam.*

D. SIMEON. *(Sofocado.)*
 Pues yo sabré de esta estafa
 vengarme, y con las setenas
 hacerme pagar.

D. ALBERTO. Amigo,
 buena caridad es esa.

D. SIMEON. No entiendo de caridades
 cuando al dinero me llegan.
 Yo haré que todos ustedes
 de la burla se arrepientan. *(Vase.)*

D. MIGUEL. Esperad, don Simeon.

EBANISTA. Por mí, señores, no hay priesa.

ESCENA XXX

LOS MISMOS, ménos D. SIMEON y EL EBANISTA

D.ª RUFINA. ¡Válgame Dios!... Pero, Blas,
 yo no acabo de creer
 que esto verdad pueda ser.
 Sin duda embromando estás.
 Si acaso por aburrir
 á estos tacaños dijiste
 que tus riquezas perdiste,
 dínos ya...

D. BLAS. ¿Qué he de decir?
 ¡Ojalá mentira fuera!
 Y aunque hartó afligirte sienta,
 no lo dudes ni un momento;
 la noticia es verdadera.
 Los piratas me han robado
 hasta el último alfiler.
 Sino, ¿me habias de ver
 tan sucio y tan desastrado?

D.ª RUFINA. ¿Con que es verdad?

D. BLAS. ¿Hay tal tema?
 Sí; sin duda.

D.ª PAQUITA. *(Con ternura.)* ¡Pobrecito!

D.ª RUFINA. *(Con repentino furor.)*
 ¡Y qué, picaro maldito!
 ¿lo dices con tanta flema?

D. BLAS. ¡Rufina!...

D.^a RUFINA. (*Levantándose de la silla.*)
¡Gran majadero!...
¿Se habrá visto necio tal?
¿Con que así, enorme animal,
perdiste nuestro dinero?
D. BLAS. ¡Rufina!... ¿Te has vuelto loca?
D. ALBERTO. No dice locura alguna.
Perder así la fortuna
es necedad y no poca.
¿Por qué precauciones, Blas,
no tomaste?... ¿No es demencia
á la luna de Valencia
dejarnos sin más ni más?
¿Por qué un barco no fletaste
armado? ¿Por qué un convoy,
viendo lo que pasa hoy,
mentecato, no esperaste?
D. MIGUEL. Fué muy grande necedad
el peligro no advertir...
D. BLAS. (*Con chunga.*)
¿Con que debí de venir
en el navío Trinidad?
D.^a RUFINA. ¿Ahora te vienes con chistes?
¡Pues como eres tan gracioso!...
D. BLAS. Que era en extremo chistoso
no hace mucho que dijistes.
D. MIGUEL. (*Con desprecio.*)
Todo ha sido cobardía,
y vileza todo ha sido.
¿Por qué no se han defendido?
¡Collones!!!
D. BLAS. (*Con entereza.*) Tu valentía,
primo, alabo. Si tú hubieras
estado allí, en la sentina
como un cuitado gallina
no dudo que te escondieras.
De tales bravos reniego,
que no es gran bravura estar
hecho sólo á blasfemar
allá en la casa de juego.
D. MIGUEL. Soy un militar de honor
y tengo al lado una espada
con que daré una estocada
al mismo Cid Campeador.
D. BLAS. ¿Honor... siendo un petardista?
¡Espada!... Suele quizás
traerla de adorno y no más
quien tiene lengua tan lista.
D. MIGUEL. ¿Te atreves?...
D. BLAS. (*Con resolución.*) Me atrevo; sí.
A mis hermanos aguanto;
pero ¡por el cielo santo
que no he de sufrirte á tí!
D. ALBERTO. (*Metiéndose en medio.*)
¡Señores! por Dios...
D.^a RUFINA. (*A don Blas con gran cólera.*)

¡Gran necio!!!
D. BLAS. (*Con tranquilidad.*)
Rufina, no te sofoques.
D.^a RUFINA. Vete, y más no nos provoques.
D. MIGUEL. (*Retirándose.*)
Sólo merece desprecio.
D.^a RUFINA. Por tu venida maldita
la más buena proporcion
de tener colocacion
ha perdido mi Paquita.
D.^a PAQUITA. Mamá, por Dios... ¡Pobre tío!
D.^a RUFINA. ¡Mentecato!
D.^a PAQUITA. Al cabo es...
D.^a RUFINA. Sólo un perdido, un mantés.
D.^a PAQUITA. (*Afligida.*)
Lástima me da... ¡Dios mío!
D.^a RUFINA. (*Llorando.*)
Y á mí tambien me has quitado
mi felicidad colmada.
Pero no te importe nada;
(*A don Miguel.*)
no, Miguel... Aun me ha quedado...
D. MIGUEL. (*Interrumpiéndola con desden y en voz
baja.*)
Calla. Despues hablaremos...
No lo eche todo á perder.
D.^a RUFINA. Yo resuelta estoy á hacer...
D. MIGUEL. (*Con enfado.*)
Calla, por Dios. Ya veremos.
D.^a RUFINA. (*A don Blas con despecho.*)
Y tú, márchate de aquí.
D. BLAS. Rufina, ¿y aquel amor
que con tan grande calor
ha un rato mostraste? Dí.
D. ALBERTO. ¡Con buen recuerdo te vienes!
D. BLAS. Conozco de esta manera
que aquel cariño era
no á vuestro hermano; á sus bienes.
D.^a RUFINA. Muchito.

ESCENA XXXI

LOS MISMOS. PASCUAL, *por la derecha*

PASCUAL. Aquí está ya todo.
Pero ¡vaya una comida!
¡Qué capon! ¡Qué pastelillos!
¡Qué temblonas jaletinas!
Viene la cosa completa.
Hay dulce seco y de almíbar;
hay... ¿Qué sé yo?... Dos gallegos
lo traen en las angarillas.
D.^a RUFINA. Bestia; puedes á la calle
tirar todo.
D. BLAS. No en mis días,
no; porque yo he de comerlo.

PASCUAL. (*A Ana aparte.*)
¿Qué es, Ana, esta tremolina?
ANA. ¿Qué ha de ser?... Que los demonios
nos han hecho una visita.
D.^a RUFINA. (*Desesperada.*)
Tiradlo todo á la calle.
Ya no es menester comida.
Veneno, sólo veneno
es lo que quiero.
D. BLAS. (*Admirado.*) ¡Rufina!!!
D.^a RUFINA. (*A don Blas.*)
Te detesto... Vete al punto.
D.^a PAQUITA. ¡Mamá!
D.^a RUFINA. Déjame, Paquita.
D.^a PAQUITA. Vamos adentro, mamá...
Será mejor...
D.^a RUFINA. Vamos, hija.
Por no ver á ese mostrenco
á los infiernos me iría.
D. ALBERTO. (*A don Miguel.*)
Dejemos á ese perdido.
Vente, vente con Rufina.
D. MIGUEL. Yo me voy á...
D.^a RUFINA. (*Andando hácia la puerta de la iz-
quierda.*)
¡Qué, Miguel!
¡En tal conflicto!...
D. MIGUEL. No, prima.
Voy á ver si de este chasco
la baraja me desquita.

PASCUAL. Pues yo, en todo caso, iré
á custodiar mis marmitas.
(*Vánse doña Rufina, don Alberto y
doña Paquita por la izquierda, y don
Miguel y Pascual por la derecha.*)

ESCENA XXXII

D. BLAS. ANA

D. BLAS. (*Sin reparar en Ana.*)
Pues señor, ¡buenos parientes
he encontrado! Las noticias
que en Cádiz de ellos me dieron
eran ciertas por mi vida.
(*Vase por la puerta del fondo.*)

ESCENA XXXIII

ANA, *sola*

Tú eres el rey. Ven, Blasito;
nosotros te mimaremos;
los mosquitos mataremos;
¡que haya gran silencio, chito!...
El Señor sea bendito
que da los males y bienes;
mas del mundo en los vaivenes,
como reina el interés,
sólo hay una norma, y es:
tanto vales cuanto tienes.